

aquí, echando el cabo de la cuerda para afuera y de esa manera seré el primero en bajar.

—Y estás seguro de que que la cuerda es tan fuerte que nos resista á los dos?

—Es nueva.

Sin Par se deslizó por ella suavemente, pero cuando Artagnan iba á imitarlo, brillo un relámpago y se oyó un tiro de fusil.

Sin Par dejó escapar un juramento horrible y al salto que dió la cuerda quedó rota del lugar en que la tenía.

Cayó en el foso.

Artagnan quedó suspendido arriba del abismo: había colocado felizmente un pie en el marco de la claraboya y pudo asirse á ella con la idea de esperar el resultado de lo ocurrido.

Vió como resultado de la alarma dada por el centino la, correr lince por todo el castillo llevadas por soldados, y destacarse una barca de un punto de la muralla con dirección á la parte del foso donde cayó Sin Par.

Después sintió que tiraban de la cuerda que no había soltado todavía.

Los que tiraban de ella, suponiendo que fuera otro prisionero que estaba suspendido, lograron arrancársela, de modo que Artagnan, falto de este apoyo, cayó rodando pesadamente sobre el suelo de su calabozo y el golpe le hizo perder los sentidos.

Cuando volvió en sí el fiel Champagne estaba rodeándolo de cuidados.

—Aquí tú, amigo mío?

—Sí, señor, presó como vos.

—Gracias, amigo mío.

—¡Ah, señor, los amigos que os quedan no os dejarán.

—¿Quiénes son?

—Las mujeres,...

XXV

El cardenal envió á sus sobrinas á Pontoise. Las señoritas Mancini y Martinozzi estaban, pues, admirablemente guardadas, la última sobre todo. Una hermosa mañana de Agosto, adelantó una ca-

rraza hacia aquella casa respetable, y cuando iba á torcer por el ángulo de los muros del jardín, dos hombres á caballo desaparecieron por allí á todo correr.

Un joven se apeó y recogió una carta amarrada á una teja, que sin duda había apercibido.

—Acaso conocéis á alguno de los hombres que han huído al acercarnos, señora? preguntó con voz dulce y clara á la dama que había quedado en el carruaje.

—Creo es el príncipe de Saboya.

—¿Qué tendrá inteligencia en la plaza? Si no me engaño, este billete es para él. Leamos.

Y el joven, abriendo sin escrúpulo el billete misterioso, leyó estas palabras: «Alla sera, décima hora, una scala, dei caballo»

—Está en italiano, dijo la dama, y aunque lo sé mal esto significa. . .

—Esta noche, diez horas una escala, dos caballos.

—Entonces es el príncipe de Saboya.

—Ama á una de las sobrinas del cardenal, y quiere así obligar al tío, si nos aprovechamos de esta faga. . .

—No, mañana acaso sería tarde.

La carroza continuó su camino y la dama se apeó. La dama tenía la apariencia de una persona de la corte.

Preguntó por la abadesa, y contestó á la hermana que preguntó el nombre que debía anunciar.

—La condesa de Flavimont.

La hermana la introdujo en el oratorio de la abadesa, reducto severo y al mismo tiempo adornado de objetos de devoción y de gran riqueza.

—Sois vos, mi pobre niña, exclamó la abadesa al llegar ante ella la hermosa viuda.

La abadesa había sido la amiga íntima de la madre de la condesa, y á ésta la trató siempre como á una hija consentida.

—Llego de provincia, dijo, y es preciso confesar que fuera de la corte se pierde todo conocimiento de los más simples sucesos que ocurren.

No son las señoritas de Mazarino á quienes he visto al entrar?

—Ellas son en efecto, respondió la abadesa.

—Esto es bastante extraño, porque en Burdeos no se trata de otra cosa que del matrimonio de una de ellas con el príncipe de Conti.

Es sin duda para substraerlas de los celos que ese matrimonio haría al rededor de ellas.

En ese momento llamaron á la puerta del oratorio con timidez.

—Entrad, dijo la abadesa.

La puerta se abrió. Las dos figuras alegres y morenas de las señoritas Mancini aparecieron.

—¡Dios mío!... exclamó la abadesa. Si su Eminencia supiera... señoritas, por favor, retiraos á vuestro departamento.

—¡Eh! la señora de Flavimont no es ningún turco, dijo Maria Mancini con una voz sentida y no nos robará.

—Es preciso que hable á la señorita Martinozi... sopló en voz baja la condesa en el oído de Olimpia. Conozco vuestros proyectos de fuga para esta noche, y os ayudaré... servidme.

—Señoritas, repitió la abadesa, Dios me es testigo de que quisiera daros gusto, pero me comprometéis grandemente.

—Va en ello la vida de un hombre continuó la condesa.

—Ana Maria, dijo Olimpia interpellando a su prima en italiano: «vieni subito! Parlate roule di Carlo! sta in pericolo.»

Ana Maria acudió rápidamente á la condesa; pero la superiora, encendida como una brasa, corrida de ver despreciada su autoridad, temblando por las consecuencias de aquella entrevista, recobró respecto de la condesa la especie de imperio que tenía antes, y asíéndola del brazo la arrastró hacia afuera.

—Desgraciada!... le dijo; me habeis perdido... el cardenal no me perdonará nunca.

—Qué significa esto?...

—No puedo explicaros nada.....

Y como la pobre abadesa no dejaba de lamentarse, la condesa no juzgó á propósito prolongar por más tiempo su visita, temiendo excitar sospechas. Se des-

pidió, pues, de la antigua amiga de su madre, quien la acompañó hasta la torre exterior.

—Y bien? preguntó en voz baja el hombre que había quedado en el coche.

—Está guardada como en un serrallo.

—¿No la habeis visto?

—Íposible me me ha sido decirle ni una palabra.

—Qué hacer entonces?...

—Vamos pronto á San Germán, diré todo á la reina.

—La reina es enteramente de Mazarino.

—Pues bien, hablaré al rey.

—A San Germán, gritó el joven al cochero.

—¡Toca en Coufflas! dijo la condesa.

Rodeaba la punta oeste de la gran isla de Coufflas, cuando el sonido de un cuerno se dejó oír en el bosque.

Poco tiempo después un gran ciervo, perseguido por una jauría de perros, saltó por entrela yerba y se detuvo un instante indeciso.

—¡Forza los remos! gritó el joven al remero. Es la caza del rey, continuó volviéndose á la condesa.

El rey seguía con ojo impaciente el desembarco de los pasajeros, cuando el primer picador dió un grito.

—¿Qué hay? preguntó Luis.

—Sire, el ciervo se ha ahogado.

—Vámonos condesa, dijo entonces Luis; y consideráis que sería bastante para mí la recomendación de las señoritas Mancini?

—Sire, dijo Gabriela que iba derecha á todos los obstáculos, si Vuestra Magestad se digna creerme, puede dejar aquí sus caballos en la otra orilla tenemos un carruaje.

—Perfectamente! respondió Luis. Venis, primo mío?

—¿A dónde sire?

—A Pontoise.

—Con mucho gusto, sire.

—Señores, esperadme aquí.

Después, ofreciendo la mano á la condesa, la hizo entrar en el bote, á donde los siguieron Gabriela y el príncipe de Saboya.

El remero, orgulloso por la aventura, hizo milagros. Uno hora después, y debido á la agilidad y destreza

del cochero de la condesa, las puertas del convento de las Carmelitas se abrían de par en par y la carroza real improvisada se detenía en el patio principal.

La abadesa, en el colmo de la admiración y la alegría recibió al rey de rodillas.

—Señora, dijo después, os suplico hagáis llamar á las señoritas Mancini y Martinuzzi.

—A fe mía, Su Eminencia dirá lo que quiera, pero he sido forzada.

Gabriela había desaparecido.

XXVI

Gabriela partió para Paris, á donde llegó al caer la noche. Madama Pluchet recibió á aquella hermana de infortunio con su dulce sonrisa. Pero Gabriela, no obstante que descansaba en la sobrina del cardenal que tomaría con empeño la causa de Artagnan, no por eso tenía una completa esperanza de que pudiera recobrar su libertad. Entregado, pues, á sus propias fuerzas, arrastró á madama Pluchet con el pretexto de dar un paseo, hasta cerca de la sombría fortaleza.

—¡Y pensar que mi marido puede entrar todos los días! dijo Estébana.

—¿Cómo! . . . preguntó Gabriela.

—Es el encargado de alimentar á los presos.

—¡Oh! pues entonces nosotros también entraremos.

El día siguiente, M. Pluchet, llevado por su esposa al cuarto donde se ocultaba Gabriela, se admiró de encontrar al joven caballero llegado la víspera; no ya vestido de terciopelo negro; con la pluma en el fieltro y la espada al lado, sino con bastante miseria, ocultando su elegante estatura en los calzones y la casaquilla grasienta de un pinche de cocina.

—Amigo mio, dijo Estébana, no quiero ser misteriosa con vos por más tiempo, pues estoy cierta de que serviréis mejor nuestros proyectos conociéndolos.

—Tenéis razón, señora, respondió Pluchet con gravedad.

—Señor Pluchet, dijo Estébana, el señor es una mujer y quiere penetrar con vos en la Bastilla. La señora tiene el más grande interés en hablar al señor Artagnan y sólo vos podéis facilitarle los medios.

—¿Qué me decís, gran Dios! Semejante proyecto es imposible de realizar. ¿Creeis que se habla así nomás á los prisioneros? Yo mismo nunca he podido ver al señor de Artagnan.

—¿Cómo haréis entonces? . . . preguntó Estébana con desaliento á Gabriela.

—Que logre entrar y ya veremos!

—Señora, añadió Pluchet, no puedo prestarme á serviros en semejante empresa.

—¿Y por qué?

—Primero, porque es arriesgarme y comprometerme gravemente: después porque eso puede hacernos perder en mis negocios.

—¡Quia! exclamó Estébana, esas consideraciones os detienen!

—Sin embargo, si se me arresta

—Y bien, ese no es un gran mal. ¿M. de Artagnan no es un personaje más elevado que vos?

—Está bien, pero al menos su profesión tiene esos riesgos.

—¿Y sin él no seriais perseguido, diablo de fondista endemoniado?

—¡Chut!

—¡Señor partidario del coadjutor!

—¡Estébana! . . . soy de los amigos del cardenal, gritaba el buen hombre pálido de terror.

—Señora, os acompañará á la Bastilla, dijo madama Pluchet con voz imperativa.

—Bien; consiento, pero . . . hizo el buen hombre; pero si sucede una desgracia caerá sobre vos únicamente.

A cosa de medio día Gabriela penetró sin ningún obstáculo en la Bastilla.

—¿Sois vos, Luis?

—¡Gabriela! . . . exclamó con éxtasis, estoy soñando!

Aquella expresión pura, que expresaba el amor y el afecto del amigo de la infancia hirió como un puñal afilado el corazón de madama de Barada: se estremeció y sintió que las lágrimas se agolpaban á sus ojos.

—¡Ah! ya adivino . . . dijo melancólicamente Vije, no es por mí por quien venís.

—Sí, Luis, respondió Gabriela con voz entrecortada,

vos me comprendéis siempre . . . ¡hermoso corazón! . . . Está aquí.

—Entró el mismo día que yo: estábamos casi juntos; pero nos han separado.

—¿En qué parte de la prisión se encuentra?

—En la torre de la libertad, número 14.

En la noche misma el carcelero llevaba al número 14 de la libertad un pedazo de pan, en el cual Gabriela había introducido un billete que no contenía más palabra que esta:— Valor!

Al día siguiente entraron en la prisión y Gabriela sintió que el corazón se le escapaba al ver á Artagnan acostado en el suelo y en la actitud de un hombre desmayado.

Una vez en el calabozo de Artagnan, Gabriela se desembarazó de la áspera casaquilla que la disfrazaba.

—Caballero, caballero, dijo acercándose á Artagnan, soy yo, soy yo

Y como Artagnan seguía impassible á aquel llamamiento, lo abrazó con toda la fuerza que le daba su amor.

—Carlos, Carlos, volved en vos, exclamaba sollozando.

Artagnan se levantó y se llevó un dedo á los labios.

—¡Chut! . . . hizo.

—Carlos, Carlos, no me reconoces por Dios! . . .

—Gabriela dijo Artagnan.

—¡Oh! nosotros os salvaremos.

—Vienen, ocúltate, dijo Artagnan yendo á sentarse sobre su piedra.

Gabriela se ocultó detrás de las cortinas del lecho y Artagnan tomó la actitud de un hombre que leía en un libro atentamente: una llave fué introducida en la cerradura, pero el prestillo no dió vuelta, y los cerrojos fueron inmediatamente quitados con estrépito.

—Hé aquí una puerta mal cerrada, dijo una voz con tono de reconvencción.

Era el teniente del rey, con la espada en la mano, cuatro soldados armados y un hombre revestido con la túnica de los consejeros del parlamento.

—¿Cómo se llama este prisionero? Preguntó el magistrado.

—Lo ignoro, señor, respondió el teniente.

Yo os lo diré, si lo queréis, respondió Artagnan— soy de la religión y se me llama Duretète; soy el General que Dios á puesto á la cabeza de las legiones de Israel!

El magistrado miró al carcelero.

—Os lo decía, señor, dijo aquel hombre.

—Dios ha subido al cielo entre los gritos de alegría, dijo Artagnan.

—¿Tenéis que quejaros de los alimentos?

—Venid, E piritu Sonto, continuó Artagnan.

—Tengo graves presunciones para creer, este es Duretète.

—Pues bien, tío, mientes, miserable.

—Señores, soy el caballero Artagnan.

—¡Matadle! ordenó Barada. En nombre del rey os lo mando.

Los soldados apuntaron con sus mosquetes.

Artagnan retrocedió al ángulo del calabozo exclamando:

—No quiero morir: mi misión no ha terminado todavía.

Pero un grito terrible, ahogado, respondió á su voz.

Al envolverse Artagnan en la cortina había descubierto á Gabriela, y al reconocerla Barada dió aquel grito y se echó delante de los mosquetes.

—¿Cómo ha entrado aquí? preguntó al carcelero con estupor.

—Salid, señora, salid, exclamó Barada mostrándola la puerta.

—Una mujer, hicieron con la voz ó con el gesto los asistentes.

Gabriela se dejó deslizar por debajo del lecho y murmuró en español:

—¿Está tranquilo? amigo mio, cerca ó lejos velaré por tí.

Barada asió el brazo de su mujer y la arrastró fuera del calabozo.

—Hasta la vista, señor de Barada, dijo Artagnan.

Tres horas después el consejero encerraba á su mujer en el oratorio de su antigua casa de la calle de San Luis.

—Y en cuanto á vuestro amante, señora dijo, esta mañana el cardenal me ha prometido el empleo del gobernador de la Bastilla; ya comprendéis que voy á tener su vida entre mis manos.

—Señor, replicó Gabriela, cuidado, Después de él tendréis que matarme á mí!

La reina permaneció dos días en San Germán con el rey y las dos Mancini.

Ana María se dirigió inmediatamente á la casa de sutio.

—¿El príncipe Conti no es de vuestro agrado?

—No, por cierto.

—Va á llegar á París; io veréis, es espiritual, encantador

—Bien sabéis que no tengo ambición y no cambiaré.

—Pues sea, dijo repentinamente el ministro, que queria contemporizar; pero si renunciáis para tí á un destino tan brillante, al menos ayudadme á conseguir que lo acepte una de tus primas.

En ese particular piensan de la misma manera que yo.

—¿Pero qué todas estáis coaligadas en contra mía?

—Hemos jurado delante de la Madona, ¿lo entendéis? de la Madona.

—¿Y qué juramento os habéis atrevido á hacer?

—El de no casarnos aunque se nos arrastre al altar.

—Se os arrastrará!

—Pues bien, poned en libertad á los que habéis aprisionado.

—No os comprendo, dijo Mazarino.

—Oh, monseñor, nada de subterfugios. Ese joven que encontrásteis en mi cámara, se encuentra en la Bastilla, estoy segura.

—Es verdad.

—Ordenad que quede en libertad.

—Consiento, dijo Mazarino con violencia.

—Firmad, monseñor.

—¿El qué?

—La orden. Debéis tener listas algunas órdenes en blanco.

—Después de todo, es bien posible, dijo Mazarino con

cierto aire de convencimiento, porque recordaba el interrogatorio de M. Tardieu, y firmó.

—Leed, dijo Mazarino, mostrando el papel á su sobrina.

Ana María leyó con los ojos y con el corazón:

«M. de Besmaux de Montlezum; os dirijo esta nota en nombre del rey para ordenaros que inmediatamente pongáis en libertad al caballero Artagnan. Dios os tenga en su santa guardia.

«ANA.»

—¿No tenéis una contraseña, monseñor?

—Toma, hizo Mazarino después de añadir su nombre al de la regente.

—¡Oh! gracias, tío, exclamó la joven derramando lágrimas de sentimiento de gozo.

—Un instante... dijo el desconfiado ministro.

—¡Ah! suspiró dolorosamente Ana María llevando la mano al corazón.

Mazarino señaló una magnífica Virgen de Rafael, colocada encima de una especie de altar cargado de bronces preciosos y que tenia la costumbre de contemplar diariamente horas enteras.

—Juro por esta Virgen, dijo él, casarme con el príncipe de Conti.

Ana María extendió la mano, el cardenal colocó el pergamino sin soltarle y sin extremecerse por la expresión de deslén que reinaba en el rostro de su sobrina.

—Juro, dijo la joven, casarme con M. de Conti.

Mazarino dió un grito de triunfo.

—¡Ah! me habéis perdido! exclamó Ana María, tomando el orden y dejando con precipitación el gabinete del ministro.

XXIX

Cuando Mazarino volvió á palacio después de enviar á Barada á la Bastilla despachado del todo, llamó á M. de Navailles á su gabinete. Este llegó de muy mal humor porque la consigna dada al capitán de las guardias del cardenal lo habia hecho esperar, viéndose forzado á permanecer en el palacio, precisamente cuando según decia, su presencia era muy necesaria en su casa. El